

Las trayectorias poéticas de Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez

Antonio Machado (1875-1936) y Juan Ramón Jiménez (1881-1958) son probablemente los poetas españoles más influyentes del siglo XX. Ambos practican en sus inicios una poesía bastante similar, muy influida por el Modernismo de tipo simbolista, pero evolucionan de forma muy distinta: Antonio Machado desarrollará progresivamente una poesía más sencilla y “humana”, en línea con algunas de las preocupaciones de la Generación del 98; J.R. Jiménez se convertirá en el máximo representante de la *poesía pura*, formalmente depurada, muy conceptual y cada vez más hermética.

1. ANTONIO MACHADO

La poesía de Antonio Machado se caracteriza por su intimismo, su carácter introspectivo, la abundancia de elementos simbólicos y, a partir de *Campos de Castilla*, la reflexión sobre España: sus paisajes, sus gentes, su historia, su decadencia... Esto último permite considerar a Antonio Machado como uno de los integrantes de la Generación del 98.

Como **temas y motivos** generales de su obra destacan el paso del tiempo (manifestado en el recuerdo de la infancia, la nostalgia de la juventud, la presencia de la muerte y la reflexión sobre el sentido de la vida derivada de todo ello), el sueño (como manifestación de ilusiones, forma de recuerdo o fuente de conocimientos inciertos), el amor (en realidad, su falta, pues no se tiene o se ha perdido, lo que provoca tristeza) y el paisaje, símbolo en *Campos de Castilla* tanto de la realidad interior como de la situación de España. Los sentimientos dominantes en su obra son la tristeza, la melancolía y la nostalgia.

Métricamente su obra es variada: son frecuentes los dodecasílabos y los alejandrinos (de influencia modernista), pero también están presentes los heptasílabos, los octosílabos, los endecasílabos, etc. Es muy característico, especialmente en *Campos de Castilla*, el uso de la silva-romance o silva arromanzada (versos de 7 y 11 sílabas, como en la silva, pero con rima asonante en los versos pares, como en el romance).

Sus libros fundamentales son los siguientes:

1.1. *Soledades* (1903/1907)

En *Soledades* (1903), rebautizado en su 2ª ed. como *Soledades. Galerías. Otros poemas* (1907), A. Machado practica una poesía de influencia modernista pero caracterizada sobre todo por su intimismo, en la que es patente la huella de Bécquer y Rosalía de Castro. Los principales cambios entre las dos ediciones del libro reflejan una clara evolución en este sentido: se suprimen ciertos poemas y elementos excesivamente sonoros o recargados y se añaden otros más sencillos e intimistas.

Como producto de la influencia modernista, hay una predilección por ciertos **ambientes** propicios a la evocación nostálgica y la melancolía: los jardines sombríos adornados por fuentes, el otoño, la puesta del sol... (rasgos que revelan la influencia de Paul Verlaine). **Formalmente** también están presentes recursos típicos del Modernismo como la adjetivación sensorial, las aliteraciones, las sinestesias, etc.

Los **temas** fundamentales son la reacción del yo poético ante la naturaleza (que provoca sentimientos de soledad, melancolía, angustia...), las preocupaciones de tipo existencial (el paso del tiempo, la muerte y Dios), la nostalgia de la infancia y la juventud perdidas, y la evocación del amor (más un amor soñado o deseado que realmente vivido).

Uno de los aspectos más destacados de la obra es el uso de **símbolos** (elementos o motivos que representan realidades más profundas), que a veces son polisémicos:

- *La tarde, el ocaso*: Símbolo de la decadencia, del paso del tiempo, de la llegada de la vejez y la proximidad de la muerte. Se asocia con la tristeza y la melancolía.
- *El agua, la fuente, la noria*: El agua es un símbolo polivalente: de alegría y vida (pero también de fugacidad) cuando fluye, de hastío y tedio vital cuando cae monótonamente, o de muerte cuando está estancada. La fuente en el jardín invita al recuerdo y se suele asociar, por un lado, con esperanzas e ilusiones, pero también con la tristeza y el dolor, por otro. La noria indica monotonía y se suele utilizar como símbolo de la introspección repetitiva e infructuosa.
- *Los caminos*: Normalmente representan el discurrir de la vida que conduce al ocaso/la muerte. En algunas ocasiones simbolizan las galerías interiores del alma. En muchos poemas el yo poético se presenta de forma explícita como un caminante que describe el paisaje y reflexiona a partir de su contemplación.
- *Las galerías*: La interioridad humana, los recovecos del alma, que son sondeados sin que se encuentren respuestas.
- *El huerto y el jardín*: El huerto suele simbolizar la ilusión mientras que el jardín implica intimidad y, frecuentemente asociado con la fuente y la tarde, suele ser un lugar que provoca melancolía.

1.2. *Campos de Castilla* (1912/1917)

El título revela el protagonismo del paisaje castellano, manifestación de la interioridad de la voz lírica y reflejo, como es habitual en los autores noventayochistas, de la identidad y la realidad española. El poemario presenta dos núcleos temáticos básicos que justifican que se hable de la mayor “objetividad” de este libro respecto del anterior:

- Poemas en los que se **describe** el paisaje castellano. Aparentemente son descripciones “objetivas” que representan paisajes reales (frente a los jardines tópicos, no reales, de *Soledades*). Pero en realidad también tienen un claro componente subjetivo, ya que Machado selecciona los elementos del paisaje relacionados con la austeridad, la aridez o la pobreza, lo que evoca ideas de soledad, fugacidad o muerte. Hay, pues, una **visión lírica de Castilla** como reflejo de la interioridad de la voz poética. De forma recurrente, pues, muchos elementos del paisaje (la tierra, los árboles, las casas...), pueden considerarse símbolos de la voz lírica y sus sentimientos.

Ejemplos destacados de este planteamiento, en el que la voz lírica se identifica con la austeridad del paisaje castellano y expresa su emoción ante el mismo, son algunos de los poemas más conocidos de la importante sección titulada “Campos de Soria”.

- Poemas en los que se **reflexiona** de forma crítica sobre el pasado, el presente y el futuro de España y sus habitantes, con frecuencia partiendo precisamente del paisaje castellano. En estos poemas se adopta, pues, una **visión crítica de Castilla**. Esta línea marca una apertura temática, del yo lírico al *nosotros*, de lo individual (las preocupaciones puramente personales) a lo colectivo (la realidad social de España).

Los ejemplos más claros de esta temática son poemas como “A orillas del Duero”, “Del pasado efímero” o “El mañana efímero”.

- Otros poemas o series de poemas importantes en el libro, con otras temáticas, son:

- “La tierra de Alvargonzález”: Un largo romance sobre la codicia y la envidia consecuencia de la pobreza de la tierra castellana.
- “Proverbios y Cantares”: Una sección con poemas muy breves, a veces líricos, a veces filosóficos, en formas inspiradas en las coplas populares.
- Una serie de poemas añadidos en la 2ª ed. (1917): Evocaciones de Soria desde la distancia (cuando Machado está ya en Baeza), recuerdos de su esposa (como el conocido poema “A un olmo viejo”, escrito todavía en Soria y en el que expresa la esperanza en una posible curación de Leonor; y la serie de siete poemas que dedica a esta tras su muerte), y elogios a otros escritores e intelectuales amigos del poeta como Francisco Giner de los Ríos, Rubén Darío o Juan Ramón Jiménez.

En *Campos de Castilla* siguen estando presentes algunos de los **símbolos** que el poeta ya utilizaba en *Soledades*: el camino, el agua y la tarde o el ocaso. Pero, sobre todo, y como ya se ha dicho, hay que destacar el carácter simbólico del paisaje y todos sus elementos: los distintos tipos de árboles (chopos, álamos, encinas...), las hierbas y matorrales, los tipos de terrenos (roquedos, yermos, páramos...), las piedras, los caminos, los pueblos... Todos ellos son símbolos unas veces del “yo” y otras veces de Castilla y España.

Además de los símbolos, los principales **recursos retóricos** que podemos encontrar en *Campos de Castilla* son los siguientes:

- El diálogo: Muchos poemas incluyen preguntas o peticiones a un interlocutor lírico, o simplemente invocan a este (apóstrofe). Puede tratarse de la naturaleza (que de esta forma se personifica), un amigo, la esposa muerta, etc.
- La personificación de los elementos de la naturaleza (el río, el mar, la sierra, los árboles...), a los que la voz lírica, como ya se ha señalado, puede dirigirse.
- Es frecuente el tono exclamativo, especialmente en los poemas de contemplación y descripción del paisaje (Véase “Campos de Soria”). Esta actitud lírica, emocionada, revela la subjetividad de la descripción.
- La adjetivación con significados que remiten a lo austero, lo sencillo, lo pobre, lo seco... o que se vinculan con la tarde (*cárdeno, rojo...*) Estos adjetivos se suelen aplicar a elementos de la naturaleza (con frecuencia árboles: encinares, chopos, álamos...) o del paisaje en general (caminos, pueblos, tierras...): *raído, polvoriento, ceniciento, mustio, oscuro...*
- Es un rasgo muy llamativo el empleo, también en los poemas de tipo descriptivo, de un “estilo nominal”: la descripción se basa en la enumeración de elementos del paisaje en una sucesión de sustantivos o sintagmas nominales con pocos y poco significativos verbos. Son ejemplos muy claros algunos de los poemas de “Campos de Soria”. Algunos críticos han comparado esta técnica con las pinceladas de las obras impresionistas.
- La repetición de palabras o expresiones, un recurso que aumenta la expresividad y que vincula la poesía de Machado con la lírica popular.

1.3. *Nuevas canciones* (1924) y últimos poemas

Nuevas canciones es un libro heterogéneo y desigual en el que se combinan evocaciones de las tierras castellanas y andaluzas, composiciones intimistas, sonetos a amigos... Lo más característico son unos nuevos “proverbios y cantares”, cada vez menos líricos y más filosóficos. En cuanto al estilo, dominan los poemas breves, de verso corto y de lenguaje sencillo, influidos por la lírica popular.

Posteriormente Antonio Machado no publicará nuevos libros de poemas independientes; se limitará a añadir poemas a las sucesivas ediciones de sus *Poesías completas* (1928, 1933, 1936), como los que constituyen el “Cancionero apócrifo” de Abel Martín y Juan de Mairena (heterónimos del poeta), las “Canciones a Guiomar” (un nuevo y tardío amor), o las “Poesías de la guerra”, de valor muy desigual y entre las que sobresale “El crimen fue en Granada”, una desgarradora elegía a Federico García Lorca.

Hay que tener en cuenta que desde los años 30 Antonio Machado se encuentra “desplazado” en un panorama literario dominado por la poesía pura de Juan Ramón o las vanguardias del 27, con las que él no se identifica. Con todo, en estos años es respetado por haber sido uno de los fundadores de la poesía española moderna (de ahí que aparezca en la antología editada por Gerardo Diego en 1931), además de por su compromiso cívico y republicano. Habrá que esperar a la posguerra para que su obra sea reivindicada por las nuevas generaciones de poetas, en especial por la Generación del 50 (Ángel González, José Hierro, Claudio Rodríguez, José Ángel Valente...).

2. JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Juan Ramón Jiménez (Premio Nobel de Literatura en 1956) ocupa en la lírica española una posición muy personal. Aunque de orígenes modernistas, el vitalismo y el intelectualismo que dominan su obra lírica a partir del año 1917 hacen que sea normalmente asociado con la Generación de 1914 (los Novecentistas), un grupo intelectual y literario encabezado por filósofos y ensayistas como José Ortega y Gasset o narradores como Ramón Pérez de Ayala. Juan Ramón es un ejemplo de poeta dedicado por entero, de forma casi obsesiva, a su labor artística. A su aislamiento contribuyó también una personalidad marcada por la hiperestesia (hipersensibilidad).

Para entender su obra es necesario tener en cuenta tres aspectos:

1. Se trata de una poesía minoritaria (“A la minoría, siempre” es una conocida dedicatoria de sus libros), de dificultad creciente, hasta hacerse una poesía hermética.
2. Es una obra en constante proceso de reelaboración, de ahí que Juan Ramón vuelva continuamente sobre los poemas antiguos y los elimine, corrija o transforme.
3. Para Juan Ramón la poesía es una constante búsqueda de belleza, conocimiento (de la realidad y de uno mismo) y eternidad (entendida como la posesión permanente de la belleza y el conocimiento). La labor poética es así un modo de acceder a una realidad más profunda y superior, que en su última etapa se identifica con Dios.

2.1. Evolución poética

La obra de Juan Ramón fue una constante búsqueda de la expresión poética perfecta. Ese hecho explica los llamativos cambios de tono, temática y estilo de sus poemas. El propio autor fue consciente de esos cambios y en un intento de explicarlos escribió el poema “Vino, primera, pura...” (en *Eternidades*, 1918). Podemos distinguir en la obra de J.R. Jiménez tres periodos fundamentales:

a) Época de la poesía sensitiva (hasta 1915)

Dentro de esta época podemos diferenciar varias fases:

- **Primeros poemas** (hasta 1900 aprox.): Es un período de aprendizaje muy influido por los modelos poéticos de moda: el Romanticismo y el Modernismo. Los libros más

representativos son *Almas de violeta* (1900) y *Ninfeas* (1900), libros ambos que Juan Ramón condenaría años más tarde.

- **Primera sencillez** (entre 1903 y 1907): Se trata de una poesía más sencilla, influida por el Simbolismo, muy similar a la escrita por A. Machado en estos años (*Soledades*). Se abordan temas como la soledad, la melancolía, la tristeza, el paso del tiempo y la muerte. Son libros destacados *Arias tristes* (1903) y *Jardines lejanos* (1904)
- **Modernismo canónico** (entre 1908 y 1915 aprox.). Se aprecia una gran influencia del esteticismo modernista, aunque sin llegar nunca a sus extremos. Son rasgos destacados la adjetivación brillante y sensorial, los metros largos y la rima consonante. Con todo, a veces podemos encontrar poemas de un tono más íntimo (como “El viaje definitivo”). Destacan los libros *La soledad sonora* (1908) y *Poemas mágicos y dolientes* (1909) [En la ortografía normativa sería *mágicos*, pero J.R. Jiménez representaba siempre con *j* el fonema fricativo velar sordo]. En este mismo periodo cronológico se publica la obra en prosa *Platero y yo* (1914).

b) Época de la poesía intelectual (entre 1916 y 1936)

En el año 1917 Juan Ramón publica *Diario de un poeta recién casado*, que supone un cambio radical respecto a su poesía anterior. La poesía de J.R. Jiménez a partir de entonces, a la que se suele denominar **poesía pura**, presenta estos rasgos:

- Se aleja del Modernismo y simplifica el lenguaje: p.e. reducción de la adjetivación.
- En la métrica destaca el uso del verso corto, del verso libre y los poemas en prosa, que alternan en ocasiones con poemas en verso en el mismo libro.
- En cuanto al contenido, son poemas de una gran concentración conceptual y emotiva. En general son poemas breves, muy depurados formalmente (dominan los sustantivos y los verbos) pero al tiempo abstractos y complejos.
- El tema predominante es ahora la búsqueda por parte del yo de la belleza y la esencia de las cosas, lo que le permitirá alcanzar la plenitud y la eternidad. Esta búsqueda se identifica con la propia creación poética. La “sed de conocimiento” y el “ansia de eternidad” son, pues, las motivaciones fundamentales del poeta.

Los libros más representativos de esta etapa son *Diario de un poeta recién casado* (1917), *Eternidades* (1918) y *La estación total* (escrito entre 1923 y 1936, aunque se publica en 1946).

c) Época de la poesía suficiente o verdadera (desde 1936, en el exilio)

Se intensifica la depuración formal y la abstracción conceptual, con símbolos cada vez más difíciles de entender. El tema predominante es el de Dios, identificado, en una visión panteísta de la realidad, con la naturaleza, la perfección, la belleza y la propia conciencia creadora (el yo consciente) del poeta, al que en ocasiones se presenta como creador de ese Dios. No se trata, pues, del Dios cristiano ni del de ninguna otra religión “tradicional”. El hermetismo del lenguaje acerca esta poesía a la poesía de tipo místico y metafísico. Formalmente se utiliza el verso libre y el poema en prosa.

Los libros más importantes de este periodo son *Espacio* (largo poema en prosa, iniciado en 1941 y terminado en 1954) y *Dios deseado y deseante* (1948-1949), del que en vida del autor sólo se publicó una parte con el título de *Animal de fondo*.

2.2. Influencia

J.R. Jiménez tuvo una enorme influencia en los poetas del Grupo del 27, especialmente durante la juventud de estos. Sin embargo, la “rehumanización” poética de los años 30 alejó progresivamente a la mayoría de estos jóvenes poetas de la poesía pura, intelectual y metafísica de Juan Ramón. Lo mismo se puede decir de aquellos poetas y críticos literarios de la segunda mitad del s. XX con mayores preocupaciones sociales, que siempre se sintieron muy lejos de la poesía de Juan Ramón.

Hoy en día, sin embargo, y al tiempo que algunos poetas y críticos tratan de desmontar tópicos sobre su persona (su supuesto aislamiento y desinterés respecto de la realidad política y social española de la época), de nuevo se ha vuelto a valorar la poesía de J.R. Jiménez como uno de los hitos fundamentales en la historia de la literatura por su carácter renovador, su originalidad, su profundidad y su enorme influencia en otros poetas.

BIBLIOGRAFÍA:

- Arroyo, Carlos & Perla Berlato, *Lengua castellana y literatura 2º Bach.* – Tesela, Madrid, Oxford, 2013.
- Senabre, Ricardo: *Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez: poetas del siglo XX*, Madrid, Anaya, 1991.
- Tusón, Vicente & Fernando Lázaro Carreter, *Literatura del siglo XX*, COU, Madrid, Anaya, 1995.

Antonio Machado: Antología de poemas

Ciclo de *Soledades* (1903, 1907)

VI. [Fue una clara tarde, triste y soñolienta...]

Fue una clara tarde, triste y soñolienta
tarde de verano. La hiedra asomaba
al muro del parque, negra y polvorienta...

La fuente sonaba.
Rechinó en la vieja cancela mi llave;
con agrio ruido abriose la puerta
de hierro mohoso y, al cerrarse, grave
golpeó el silencio de la tarde muerta.
En el solitario parque, la sonora
copia borbollante del agua cantora
me guió a la fuente. La fuente vertía
sobre el blanco mármol su monotonía.

La fuente cantaba: ¿Te recuerda, hermano,
un sueño lejano mi canto presente?
Fue una tarde lenta del lento verano.

Respondí a la fuente:
No recuerdo, hermana,
mas sé que tu copla presente es lejana.

Fue esta misma tarde: mi cristal vertía
como hoy sobre el mármol su monotonía.
¿Recuerdas, hermano?... Los mirtos talarés,
que ves, sombreaban los claros cantares
que escuchas. Del rubio color de la llama,
el fruto maduro pendía en la rama,
lo mismo que ahora. ¿Recuerdas, hermano?...
Fue esta misma lenta tarde de verano.

—No sé qué me dice tu copla riente
de ensueños lejanos, hermana la fuente.

Yo sé que tu claro cristal de alegría
ya supo del árbol la fruta bermeja;
yo sé que es lejana la amargura mía
que sueña en la tarde de verano vieja.

Yo sé que tus bellos espejos cantores
copiaron antiguos delirios de amores:
mas cuéntame, fuente de lengua encantada,
cuéntame mi alegre leyenda olvidada.

—Yo no sé leyendas de antigua alegría,
sino historias viejas de melancolía.

Fue una clara tarde del lento verano...
Tú venías solo con tu pena, hermano;
tus labios besaron mi linfa serena,
y en la clara tarde dijeron tu pena.

Dijeron tu pena tus labios que ardían;
la sed que ahora tienen, entonces tenían.

—Adiós para siempre la fuente sonora,
del parque dormido eterna cantora.
Adiós para siempre; tu monotonía,
fuente, es más amarga que la pena mía.

Rechinó en la vieja cancela mi llave;
con agrio ruido abriose la puerta
de hierro mohoso y, al cerrarse, grave
sonó en el silencio de la tarde muerta.

XXXII. [Las ascuas de un crepúsculo morado...]

Las ascuas de un crepúsculo morado
detrás del negro cipresal humean...
En la glorieta en sombra está la fuente
con su alado y desnudo Amor de piedra,
que sueña mudo. En la marmórea taza
reposa el agua muerta.

XLVI. *La noria*

La tarde caía
triste y polvorienta.
El agua cantaba
su copla plebeya
en los cangilones
de la noria lenta.

Soñaba la mula
¡pobre mula vieja!,
al compás de sombra
que en el agua suena.

La tarde caía
triste y polvorienta.

Yo no sé qué noble,
divino poeta,
unió a la amargura
de la eterna rueda
la dulce armonía
del agua que sueña,
y vendó tus ojos,
¡pobre mula vieja!...

Mas sé que fue un noble,
divino poeta,
corazón maduro
de sombra y de ciencia.

II. [He andado muchos caminos...]

He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas;
he navegado en cien mares,
y atracado en cien riberas.

En todas partes he visto
caravanas de tristeza,
soberbios y melancólicos
borrachos de sombra negra,

y pedantones al paño
que miran, callan, y piensan
que saben, porque no beben
el vino de las tabernas.

Mala gente que camina
y va apestando la tierra...

Y en todas partes he visto
gentes que danzan o juegan,
cuando pueden, y laboran
sus cuatro palmos de tierra.

Nunca, si llegan a un sitio,
preguntan a dónde llegan.
Cuando caminan, cabalgan
a lomos de mula vieja,

y no conocen la prisa
ni aun en los días de fiesta.
Donde hay vino, beben vino;
donde no hay vino, agua fresca.

Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos,
descansan bajo la tierra.

V. *Recuerdo infantil*

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.

Es la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo, y muerto Abel,
junto a una mancha carmín.

Con timbre sonoro y hueco
truenan el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
"mil veces ciento, cien mil;
mil veces mil, un millón".

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de la lluvia en los cristales.

XI. [Yo voy soñando caminos...]

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!...

¿Adónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero,
a lo largo del sendero...
—La tarde cayendo está—.
"En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día;
ya no siento el corazón."

Y todo el campo un momento
se queda, mudo y sombrío,
meditando. Suena el viento
en los álamos del río.

La tarde más se oscurece;
y el camino se serpea
y débilmente blanquea,
se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve a plañir:
"Aguda espina dorada,
quién te volviera a sentir
en el corazón clavada".

LIX. [Anoche cuando dormía...]

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.
Di, ¿por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
de donde nunca bebí?

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;
y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas,
blanca cera y dulce miel.

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.
Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar,
y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar.

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

LXI. Introducción [a la sección *Galerías*]

Leyendo un claro día
mis bien amados versos,
he visto en el profundo
espejo de mis sueños

que una verdad divina
temblando está de miedo,
y es una flor que quiere
echar su aroma al viento.

El alma del poeta
se orienta hacia el misterio.
Sólo el poeta puede
mirar lo que está lejos
dentro del alma, en turbio
y mago sol envuelto.

En esas galerías,
sin fondo, del recuerdo,
donde las pobres gentes
colgaron cual trofeo

el traje de una fiesta
apolillado y viejo,
allí el poeta sabe
el laborar eterno
mirar de las doradas
abejas de los sueños.

Poetas, con el alma
atenta al hondo cielo,
en la cruel batalla
o en el tranquilo huerto,

la nueva miel labramos
con los dolores viejos,
la veste blanca y pura
pacientemente hacemos,
y bajo el sol bruñimos
el fuerte arnés de hierro.

El alma que no sueña,
el enemigo espejo,
proyecta nuestra imagen
con un perfil grotesco.

Sentimos una ola
de sangre, en nuestro pecho,
que pasa... y sonreímos,
y a laborar volvemos.

LXXIX. [Desnuda está la tierra...]

Desnuda está la tierra,
y el alma aúlla al horizonte pálido
como loba famélica. ¿Qué buscas,
poeta, en el ocaso?

¡Amargo caminar, porque el camino
pesa en el corazón! ¡El viento helado,
y la noche que llega, y la amargura
de la distancia!... En el camino blanco
algunos yertos árboles negrean;

en los montes lejanos
hay oro y sangre... El sol murió... ¿Qué buscas,
poeta, en el ocaso?

IX. Orillas del Duero

Se ha asomado una cigüeña a lo alto del campanario.
Girando en torno a la torre y al caserón solitario,
ya las golondrinas chillan. Pasaron del blanco invierno,
de nevascas y ventiscas los crudos soplos de infierno.

Es una tibia mañana.
El sol calienta un poquito la pobre tierra soriana.

Pasados los verdes pinos,
casi azules, primavera
se ve brotar en los finos
chopos de la carretera
y del río. El Duero corre, terso y mudo, mansamente.
El campo parece, más que joven, adolescente.

Entre las hierbas alguna humilde flor ha nacido,
azul o blanca. ¡Belleza del campo apenas florido,
y mística primavera!

¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,
espuma de la montaña
ante la azul lejanía,
sol del día, claro día!
¡Hermosa tierra de España!.

XCVII. Retrato

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierras de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara, ni un Bradamín he sido
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—,
más recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas puedan tener de hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Desdén las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo
-quien habla solo espera hablar a Dios un día-;
mi soliloquio es plática con ese buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debeisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

XCVIII. A orillas del Duero

Mediaba el mes de julio. Era un hermoso día.
Yo, solo, por las quiebras del pedregal subía,
buscando los recodos de sombra, lentamente.
A trechos me paraba para enjugar mi frente
y dar algún respiro al pecho jadeante;
o bien, ahincando el paso, el cuerpo hacia adelante
y hacia la mano diestra vencido y apoyado
en un bastón, a guisa de pastoril cayado,
trepaba por los cerros que habitan las rapaces
aves de altura, hollando las hierbas montaraces
de fuerte olor —romero, tomillo, salvia, espliego—.
Sobre los agrios campos caía un sol de fuego.

Un buitre de anchas alas con majestuoso vuelo
cruzaba solitario el puro azul del cielo.
Yo divisaba, lejos, un monte alto y agudo,
y una redonda loma cual recamado escudo,
y cárdenos alcores sobre la parda tierra

—harapos esparcidos de un viejo arnés de guerra—,
las serrezuelas calvas por donde tuerce el Duero
para formar la corva ballesta de un arquero
en torno a Soria. —Soria es una barbacana,
hacia Aragón, que tiene la torre castellana—.
Veía el horizonte cerrado por colinas
oscuras, coronadas de robles y de encinas;
desnudos peñascales, algún humilde prado
donde el merino pace y el toro, arrodillado
sobre la hierba, rumia; las márgenes de río
lucir sus verdes álamos al claro sol de estío,
y, silenciosamente, lejanos pasajeros,
¡tan diminutos! —carros, jinetes y arrieros—,
cruzar el largo puente, y bajo las arcadas
de piedra ensombrecerse las aguas plateadas
del Duero.

El Duero cruza el corazón de roble
de Iberia y de Castilla.

¡Oh, tierra triste y noble,
la de los altos llanos y yermos y roquedas,
de campos sin arados, regatos ni arboledas;
decréptas ciudades, caminos sin mesones,
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones
que aún van, abandonando el mortecino hogar,
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada
recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?
Todo se mueve, fluye, discurre, corre o gira;
cambian la mar y el monte y el ojo que los mira.
¿Pasó? Sobre sus campos aún el fantasma yerra
de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra.

La madre en otro tiempo fecunda en capitanes,
madrasta es hoy apenas de humildes ganapanes.
Castilla no es aquella tan generosa un día,
cuando Myo Cid Rodrigo el de Vivar volvía,
ufano de su nueva fortuna, y su opulencia,
a regalar a Alfonso los huertos de Valencia;
o que, tras la aventura que acreditó sus bríos,
pedía la conquista de los inmensos ríos
indianos a la corte, la madre de soldados,
guerreros y adalides que han de tornar, cargados
de plata y oro, a España, en regios galeones,
para la presa cuervos, para la lid leones.
Filósofos nutridos de sopa de convento
contemplan impasibles el amplio firmamento;
y si les llega en sueños, como un rumor distante,
clamor de mercaderes de muelles de Levante,
no acudirán siquiera a preguntar ¿qué pasa?
Y ya la guerra ha abierto las puertas de su casa.

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus harapos desprecia cuanto ignora.

El sol va declinando. De la ciudad lejana
me llega un armonioso tañido de campana
—ya irán a su rosario las enlutadas viejas—.
De entre las peñas salen dos lindas comadreas;
me miran y se alejan, huyendo, y aparecen
de nuevo, ¡tan curiosas!... Los campos se oscurecen.
Hacia el camino blanco está el mesón abierto
al campo ensombrecido y al pedregal desierto.

XCIC. Por tierras de España

El hombre de estos campos que incendia los pinares
y su despojo aguarda como botín de guerra,
antaño hubo raído los negros encinares,
talado los robustos robledos de la sierra.

Hoy ve a sus pobres hijos huyendo de sus lares;
la tempestad llevarse los limos de la tierra
por los sagrados ríos hacia los anchos mares;
y en páramos malditos trabaja, sufre y yerra.

Es hijo de una estirpe de rudos caminantes,
pastores que conducen sus hordas de merinos
a Extremadura fértil, rebaños trashumantes
que mancha el polvo y dora el sol de los caminos.

Pequeño, ágil, sufrido, los ojos de hombre astuto,
hundidos, recelosos, movibles; y trazadas
cual arco de ballesta, en el semblante enjuto
de pómulos salientes, las cejas muy pobladas.

Abunda el hombre malo del campo y de la aldea,
capaz de insanos vicios y crímenes bestiales,
que bajo el pardo sayo esconde un alma fea,
esclava de los siete pecados capitales.

Los ojos siempre turbios de envidia o de tristeza,
guarda su presa y llora la que el vecino alcanza;
ni para su infortunio ni goza su riqueza;
le hieren y acongojan fortuna y malandanza.

El numen de estos campos es sanguinario y fiero:
al declinar la tarde, sobre el remoto alcor,
veréis agigantarse la forma de un arquero,
la forma de un inmenso centauro flechador.

Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta
—no fue por estos campos el bíblico jardín—:
son tierras para el águila, un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín.

CII. Orillas del Duero

¡Primavera soriana, primavera
humilde, como el sueño de un bendito,
de un pobre caminante que durmiera
de cansancio en un páramo infinito!

¡Campillo amarillento,
como tosco sayal de campesina,
pradera de velludo polvoriento
donde pace la escuálida merina!

¡Aquellos diminutos pegujales
de tierra dura y fría,
donde apuntan centenos y trigales
que el pan moreno nos darán un día!

Y otra vez roca y roca, pedregales
desnudos y pelados serrijones,
la tierra de las águilas caudales,
malezas y jarales,
hierbas monteses, zarzas y cambrones.

¡Oh tierra ingrata y fuerte, tierra mía!
¡Castilla, tus decrepitas ciudades!
¡La agria melancolía
que puebla tus sombrías soledades!

¡Castilla varonil, adusta tierra,
Castilla del desdén contra la suerte,
Castilla del dolor y de la guerra,
tierra inmortal, Castilla de la muerte!

Era una tarde, cuando el campo huía
del sol, y en el asombro del planeta,
como un globo morado aparecía
la hermosa luna, amada del poeta.

En el cárdeno cielo violeta
alguna clara estrella fulguraba.
El aire ensombrecido
oreaba mis sienes, y acercaba
el murmullo del agua hasta mi oído.

Entre cerros de plomo y de ceniza
manchados de roídos encinares,
y entre calvas roquedas de caliza,
iba a embestir los ocho tajamares
del puente el padre río,
que surca de Castilla el yermo frío.

¡Oh Duero, tu agua corre
y correrá mientras las nieves blancas
de enero el sol de mayo
haga fluir por hoces y barrancas,
mientras tengan las sierras su turbante
de nieve y de tormenta.
y brille el olifante
del sol, tras de la nube cenicienta!...

¿Y el viejo romancero
fue el sueño de un juglar junto a tu orilla?
¿Acaso como tú y por siempre, Duero,
irá corriendo hacia la mar Castilla?

CXIII. Campos de Soria

vii

¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, oscuros encinares,
ariscos pedregales, calvas sierras,
caminos blancos y álamos del río,
tardes de Soria, mística y guerrera,
hoy siento por vosotros, en el fondo
del corazón, tristeza,
tristeza que es amor! ¡Campos de Soria
donde parece que las rocas sueñan,
connmigo vais! ¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas!...

ix

¡Oh, sí! Connmigo vais, campos de Soria,
tardes tranquilas, montes de violeta,
alamedas del río, verde sueño
del suelo gris y de la parda tierra,
agria melancolía
de la ciudad decrepita.

Me habéis llegado al alma,
¿o acaso estabais en el fondo de ella?

¡Gentes del alto llano numantino
que a Dios guardáis como cristianas viejas,
que el sol de España os llene
de alegría, de luz y de riqueza!

CXV. A un olmo seco

Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo
algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.

Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana,
ardas en alguna mísera caseta,
al borde de un camino;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.
Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

CXIX. [Señor, ya me arrancaste...]

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

CXX. [Dice la esperanza...]

Dice la esperanza: un día
la verás, si bien esperas.
Dice la desesperanza:
sólo tu amargura es ella.
Late, corazón... No todo
se lo ha tragado la tierra.

CXXI. [Allá, en las tierras altas...]

Allá, en las tierras altas,
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, entre plumizos cerros
y manchas de raídos encinares,
mi corazón está vagando, en sueños...

¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.
Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.

CXXII. [Soñé que tú me llevabas...]

Soñé que tú me llevabas
por una blanca vereda,
en medio del campo verde,
hacia el azul de las sierras,
hacia los montes azules,
una mañana serena.

Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera.

¡Eran tu voz y tu mano,
en sueños, tan verdaderas! ...

Vive, esperanza, ¡quién sabe
lo que se traga la tierra!

CXXIII. [Una noche de verano...]

Una noche de verano
—estaba abierto el balcón
y la puerta de mi casa—
la muerte en mi casa entró.
Se fue acercando a su lecho
—ni siquiera me miró—,
con unos dedos muy finos,
algo muy tenue rompió.
Silenciosa y sin mirarme,
la muerte otra vez pasó
delante de mí. ¿Qué has hecho?
La muerte no respondió.
Mi niña quedó tranquila,
dolido mi corazón,
¡Ay, lo que la muerte ha roto
era un hilo entre los dos!

CXXX. La saeta

¿Quién me presta una escalera
para subir al madero,
para quitarle los clavos
a Jesús el Nazareno?
Saeta popular

¡Oh, la saeta, el cantar
al Cristo de los gitanos,
siempre con sangre en las manos,
siempre por desenclavar!
¡Cantar del pueblo andaluz,
que todas las primaveras
anda pidiendo escaleras
para subir a la cruz!
¡Cantar de la tierra mía,
que echa flores
al Jesús de la agonía,
y es la fe de mis mayores!
¡Oh, no eres tú mi cantar!
¡No puedo cantar, ni quiero
a ese Jesús del madero,
sino al que anduvo en el mar!

CXXV. [En estos campos de la tierra mía...]

En estos campos de la tierra mía,
y extranjero en los campos de mi tierra
—yo tuve patria donde corre el Duero
por entre grises peñas,
y fantasmas de viejos encinares,
allá en Castilla, mística y guerrera,
Castilla la gentil, humilde y brava,
Castilla del desdén y de la fuerza—,
en estos campos de mi Andalucía,
¡oh tierra en que nací!, cantar quisiera.

Tengo recuerdos de mi infancia, tengo
imágenes de luz y de palmeras,
y en una gloria de oro,
de lueños campanarios con cigüeñas,
de ciudades con calles sin mujeres
bajo un cielo de añil, plazas desiertas
donde crecen naranjos encendidos
con sus frutas redondas y bermejas;
y en un huerto sombrío, el limonero
de ramas polvorientas
y pálidos limones amarillos,
que el agua clara de la fuente espeja,
un aroma de nardos y claveles
y un fuerte olor de albahaca y hierbabuena,
imágenes de grises olivares
bajo un tórrido sol que aturde y ciega,
y azules y dispersas serranías
con arboles de una tarde inmensa;
mas falta el hilo que el recuerdo anuda
al corazón, el ancla en su ribera,
o estas memorias no son alma. Tienen,
en sus abigarradas vestimentas,
señal de ser despojos del recuerdo,
la carga bruta que el recuerdo lleva.

Un día tornarán, con luz del fondo ungidó,
los cuerpos virginales a la orilla vieja.

CXXXVI. Proverbios y cantares

i.

Nunca perseguí la gloria
ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción;
yo amo los mundos sutiles,
ingrávidos y gentiles
como pompas de jabón.
Me gusta verlos pintarse
de sol y grana, volar
bajo el cielo azul, temblar
súbitamente y quebrarse.

ii.

¿Para qué llamar caminos
a los surcos del azar?...
Todo el que camina anda,
como Jesús, sobre el mar.

iv.

Nuestras horas son minutos
cuando esperamos saber,
y siglos cuando sabemos
lo que se puede aprender.

vi.

De lo que llaman los hombres
virtud, justicia y bondad,
una mitad es envidia,
y la otra no es caridad.

xxi.

Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios me oía...
Después soñé que soñaba.

xxiii.

No extrañéis, dulces amigos,
que esté mi frente arrugada:
yo vivo en paz con los hombres
y en guerra con mis entrañas.

xxix.

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace el camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino
sino estelas en la mar.

xliv.

Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar.

liii.

Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza,
entre una España que muere
y otra España que bosteza.
Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

CXXIX. A don Francisco Giner de los Ríos

Como se fue el maestro,
la luz de esta mañana
me dijo: Van tres días
que mi hermano Francisco no trabaja.
¿Murió?...Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!

Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba,
del sol de los talleres,
el viejo alegre de la vida santa.
...¡Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama!
Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.
Su corazón repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...
Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España.

CXXXV. El mañana efímero

La España de charanga y pandereta,
cerrado y sacristía,
devota de Frascuelo y de María,
de espíritu burlón y alma inquieta,
ha de tener su mármol y su día,
su infalible mañana y su poeta.
El vano ayer engendrará un mañana
vacío y por ventura pasajero.
Será un joven lechuzo y tarambana,
un sayón con hechuras de bolero,
a la moda de Francia realista
un poco al uso de París pagano
y al estilo de España especialista
en el vicio al alcance de la mano.
Esa España inferior que ora y bosteza,
vieja y tahúr, zaragatera y triste;
esa España inferior que ora y embiste,
cuando se digna usar la cabeza,
aún tendrá luengo parto de varones
amantes de sagradas tradiciones
y de sagradas formas y maneras;
florecerán las barbas apostólicas,
y otras calvas en otras calaveras
brillarán, venerables y católicas.
El vano ayer engendrará un mañana
vacío y ¡por ventura! pasajero,
la sombra de un lechuzo tarambana,
de un sayón con hechuras de bolero;
el vacío ayer dará un mañana huero.
Como la náusea de un borracho ahíto
de vino malo, un rojo sol corona
de heces turbias las cumbres de granito;
hay un mañana estomagante escrito
en la tarde pragmática y dulzona.
Mas otra España nace,
la España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea.

CLIV. Apuntes

I

Desde mi ventana,
¡campo de Baeza,
a la luna clara!
¡Montes de Cazorla,
Aznaitín y Mágina!
¡De luna y de piedra
también los cachorros
de Sierra Morena!

II

Sobre el olivar,
se vio la lechuza
volar y volar.
Campo, campo, campo.
Entre los olivos,
los cortijos blancos.
Y la encina negra,
a medio camino
de Úbeda a Baeza.

III

Por un ventanal,
entró la lechuza
en la catedral.
San Cristobalón
la quiso espantar,
al ver que bebía
del velón de aceite
de Santa María.
La Virgen habló:
Déjala que beba,
San Cristobalón.

IV

Sobre el olivar,
se vio la lechuza
volar y volar.
A Santa María
un ramito verde
volando traía.
¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!

[...]

CLXI. Proverbios y cantares

I

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.

II

Para dialogar,
preguntad, primero;
después... escuchad.

III

Todo narcisismo
es un vicio feo,
y ya viejo vicio.

IV

Mas busca en tu espejo al otro,
al otro que va contigo.

VIII

Hoy es siempre todavía.

XV

Busca a tu complementario,
que marcha siempre contigo,
y suele ser tu contrario.

XLIX

¿Dijiste media verdad?
Dirán que mientes dos veces
si dices la otra mitad.

L

Con el tú de mi canción
no te aludo, compañero,
ese tú soy yo.

LIII

Tras el vivir y el soñar,
está lo que más importa: despertar.

CLVIII. Canciones de las Tierras Altas

I

Por la sierra blanca...
La nieve menuda
y el viento de cara.

Por entre los pinos...
con la blanca nieve
se borra el camino.

Recio viento sopla
de Urbión a Moncayo.
¡Páramos de Soria!

II

Ya habrá cigüeñas al sol
mirando la tarde roja
entre Moncayo y Urbión.

III

Se abrió la puerta que tiene
gonces en mi corazón,
y otra vez la galería
de mi historia apareció.
Otra vez la plazoleta
de las acacias en flor,
y otra vez la fuente clara
cuenta un romance de amor.

Canciones a Guiomar

¡Sólo tu figura,
como una centella blanca,
en mi noche oscura!

¡Y en la tersa arena,
cerca de la mar,
tu carne rosa y morena,
súbitamente, Guiomar!

En el gris del muro,
cárcel y aposento,
y en un paisaje futuro
con sólo tu voz y el viento;

en el nácar frío
de tu zarcillo en mi boca,
Guiomar, y en el calofrío
de una amanecida loca;

asomada al malecón
que bate la mar de un sueño,
y bajo el arco del ceño
de mi vigilia, a traición,
¡siempre tú!
Guiomar, Guiomar,
mírame en ti castigado:
reo de haberte creado,
ya no te puedo olvidar.

El crimen fue en Granada

I. El crimen

Se le vio, caminando entre fusiles,
por una calle larga,
salir al campo frío,
aún con estrellas de la madrugada.
Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.
El pelotón de verdugos
no osó mirarle la cara.
Todos cerraron los ojos;
rezaron: ¡ni Dios te salva!
Muerto cayó Federico
—sangre en la frente y plomo en las entrañas—
... Que fue en Granada el crimen
sabed —¡pobre Granada!—, en su Granada.

Soneto a Guiomar

De mar a mar entre los dos la guerra,
más honda que la mar. En mi parterre,
miro a la mar que el horizonte cierra.
Tú, asomada, Guiomar, a un finisterre,

miras hacia otro mar, la mar de España
que Camoens cantara, tenebrosa.
Acaso a ti mi ausencia te acompaña.
A mí me duele tu recuerdo, diosa.

La guerra dio al amor el tajo fuerte.
Y es la total angustia de la muerte,
con la sombra infecunda de la llama

y la soñada miel de amor tardío,
y la flor imposible de la rama
que ha sentido del hacha el corte frío.

“Vino, primero, pura...”

(de *Eternidades*, 1918)

Vino, primero, pura,
vestida de inocencia;
y la amé como un niño.

Luego se fue vistiendo
de no sé qué ropajes;
y la fui odiando, sin saberlo.

Llegó a ser una reina,
fastuosa de tesoros...
¡Qué iracundia de yel y sin sentido!

...Mas se fue desnudando.
y yo le sonreía.

Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.
Creí de nuevo en ella.

Y se quitó la túnica,
y apareció desnuda toda...
¡Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!

“Somnolenta”

(de *Ninfeas*, 1900)

Va cayendo la tarde con triste misterio...
inundados de llanto mis ojos dormidos,
al recuerdo doliente de Amores perdidos,
en la bruma diviso fatal cementerio...

El Sol muerto derrama morados fulgores
inundando de nieblas la verde espesura...
Dulce ritmo armonioso de vaga amargura
me despierta... A mi lado se duermen las flores...

Taciturno prosigo mi senda de abrojos
y mis ojos contemplan la azul Lejanía...
Allá lejos... muy lejos... está mi Alegría,
en los míos clavando sus lívidos ojos...

¡Ah! ¡delirio! ¡delirio...! Al través de una rama
una Sombra adorada ligera se mueve:
una Sombra con cara de lirios y nieve,
que sus labios me ofrece y gimiendo me llama...

Y se aleja llorando con triste misterio.
Inundados de llanto mis ojos dormidos,
al recuerdo doliente de Amores perdidos,
tras la sombra camino al fatal cementerio...

“El viaje definitivo”

(de *Poemas agrestes*, 1910-11)

...Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros
cantando;
y se quedará mi huerto, con su verde árbol,
y con su pozo blanco.

Todas la tardes, el cielo será azul y plácido;
y tocarán, como esta tarde están tocando,
las campanas del campanario.

Se morirán aquellos que me amaron;
y el pueblo se hará nuevo cada año;
y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado,
mi espíritu errará, nostálgico...

Y yo me iré; y estaré solo, sin hogar, sin árbol
verde, sin pozo blanco,
sin cielo azul y plácido...
Y se quedarán los pájaros cantando.

“Cielo” (de *Diario de un poeta recién casado*, 1917)

Te tenía olvidado,
cielo, y no eras
más que un vago existir de luz,
visto –sin nombre–
por mis cansados ojos indolentes.
Y aparecías, entre las palabras
perezosas y desesperanzadas del viajero,
como en breves lagunas repetidas
de un paisaje de agua visto en sueños...

Hoy te he mirado lentamente,
y te has ido elevando hasta tu nombre.

“Soledad”

(de *Diario de un poeta recién casado*, 1917)

En ti estás todo, mar, y sin embargo,
¡qué sin ti estás, qué solo,
qué lejos, siempre, de ti mismo!

Abierto en mil heridas, cada instante,
cual mi frente,
tus olas van, como mis pensamientos,
y vienen, van y vienen,
besándose, apartándose,
con un eterno conocerse,
mar, y desconocerse.

Eres tú, y no lo sabes,
tu corazón te late y no lo sientes...
¡Qué plenitud de soledad, mar solo!

"Intelijencia"

(de *Eternidades*, 1918)

¡Intelijencia, dame
el nombre esacto de las cosas!
Que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente.
Que por mí vayan todos
los que no las conocen, a las cosas;
que por mí vayan todos
los que ya las olvidan, a las cosas;
que por mí vayan todos
los mismos que las aman, a las cosas...
¡Intelijencia, dame
el nombre esacto, y tuyo,
y suyo, y mío, de las cosas!

[NOTA: *intelijencia* y *esacto*, tal como lo escribe J.R.J.]

"La transparencia, Dios, la transparencia"

(de *Animal de fondo / Dios deseado y deseante*, 1949)

Dios del venir, te siento entre mis manos,
aquí estás enredado conmigo, en lucha hermosa
de amor, lo mismo
que un fuego con su aire.

No eres mi redentor, ni eres mi ejemplo,
ni mi padre, ni mi hijo, ni mi hermano;
eres igual y uno, eres distinto y todo;
eres dios de lo hermoso conseguido,
conciencia mía de lo hermoso.

Yo nada tengo que purgar.
Toda mi impedimenta
no es sino fundación para este hoy
en que, al fin, te deseo;
porque estás ya a mi lado
en mi eléctrica zona,
como está en el amor el amor lleno.

Tú, esencia, eres conciencia; mi conciencia
y la de otros, la de todos
con forma suma de conciencia;
que la esencia es lo sumo,
es la forma suprema conseguible,
y tu esencia está en mí, como mi forma.
Todos mis moldes, llenos
estuvieron de ti; pero tú, ahora,
no tienes molde, estás sin molde; eres la gracia
que no admite sostén,
que no admite corona,
que corona y sostiene siendo ingrave.

Eres la gracia libre,
la gloria del gustar, la eterna simpatía,
el gozo del temblor, la luminaria
del clariver, el fondo del amor,
el horizonte que no quita nada;
la transparencia, dios, la transparencia,
el uno al fin, dios ahora sólito en lo uno mío,
en el mundo que yo por ti y para ti he creado.

"El nombre conseguido de los nombres"

(de *Animal de fondo / Dios deseado y deseante*)

Si yo, por ti, he creado un mundo para ti,
dios, tú tenías seguro que venir a él,
y tú has venido a él, a mí seguro,
porque mi mundo todo era mi esperanza.

Yo he acumulado mi esperanza
en lengua, en nombre hablado, en nombre escrito;
a todo yo le había puesto nombre
y tú has tomado el puesto
de toda esta nombradía.

Ahora puedo yo detener ya mi movimiento,
como la llama se detiene en ascua roja
con resplandor de aire inflamado azul,
en el ascua de mi perpetuo estar y ser;
ahora yo soy ya mi mar paralizado,
el mar que yo decía, mas no duro,
paralizado en olas de conciencia en luz
y vivas hacia arriba todas, hacia arriba.

Todos los nombres que yo puse
al universo que por ti me recreaba yo,
se me están convirtiendo en uno y en un
dios.

El dios que es siempre al fin,
el dios creado y recreado y recreado
por gracia y sin esfuerzo.
El Dios. El nombre conseguido de los nombres.

Puedes escuchar a Juan Ramón Jiménez recitando "La transparencia, Dios, la transparencia" en <https://www.youtube.com/watch?v=o87dRWxjt0c>

En la página web de la Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez puedes escuchar otros poemas del poeta recitados por él mismo: <https://casamuseozenobia-juanramonjimenez.com/escucha-a-juan-ramon/>

Ten en cuenta las peculiaridades ortográficas de Juan Ramón, que se respetan al editar sus poemas: *intelijencia*, *antología*, *esacto*...